

Escritor y literatura en otro lugar*

Ligia Cademartori**

Resumen

El texto parte de las reminiscencias de la autora sobre un tiempo en el que era necesario, en las universidades, encontrar formas de huir de la rigidez de los programas académicos. La autora analiza el papel de la literatura en la vida contemporánea, su relación con otros medios de comunicación y los aspectos interdisciplinarios del oficio del escritor. El texto enfatiza el papel minoritario de los lectores literarios en la actualidad que eligen la lectura como una “especial aventura subjetiva” en detrimento de otros productos de la industria del entretenimiento. El artículo concluye con una sugerencia de lectura –Austerlitz, de W. G. Sebald– en la que la narrativa se mezcla a elementos de otros lenguajes, como el visual, corroborando las innumerables posibilidades de innovación de la novela contemporánea para satisfacer las expectativas de un lector cada vez más exigente.

Palabras clave

Literatura y medios de comunicación; novela contemporánea; lectura; interdisciplinaridad.

Abstract

Taking as a starting point memories of a time when it was necessary at universities to find ways to escape the rigidity of teaching programs, the author analyses the role of literature in contemporary life, its relationship with other media and the interdisciplinary aspects of writing as a professional activity. The text emphasizes the minority role of readers of literature today, who choose reading as a “special subjective adventure”, in detriment of other products of the entertainment industry. The paper closes with an analysis of a suggested reading – Austerlitz, by W. G. Sebald –, in which the narrative text mingles with other languages, such as visual language, to state the innumerable possibilities of innovation of contemporary novel to meet the demanding reader’s expectations.

Keywords

Literature and mass media; contemporary novel; reading; interdisciplinarity.

* Conferencia pronunciada en el I Seminario Internacional de Lengua, Literatura y Procesos culturales, promovido por el Programa de postgrado en Letras, Cultura y Regionalidad de la Universidad de Caxias do Sul, del 25 al 28 de octubre de 2011.

** Ligia Cademartori es doctora en Teoría de la literatura, ex-profesora de la Universidad de Brasilia - UnB, autora de diversos libros y artículos sobre teoría y crítica literaria.

HACE MUCHOS AÑOS, CUANDO YO DABA CLASES en el Departamento de Letras de la Universidad de Caxias do Sul, mis colegas y yo nos reuníamos, periódicamente, para planificar la oferta de disciplinas de literatura para el semestre siguiente. Nos distribuíamos los cursos obligatorios y, entonces, usábamos la libertad para proponer un curso electivo, sobre un tema incitante en el momento y que creyésemos que pudiera entusiasmar a los estudiantes.

Ese espacio de libertad permitía escapar de la rigidez de los programas e investigar asuntos que considerásemos relevantes, aunque no obligatorios, para la formación de nuestros alumnos. Eran cursos monográficos, no estaban previstos, y podríamos no ofrecerlos nuevamente. Tal flexibilidad permitió, por ejemplo, que en los duros años 70, transponiendo la normatividad y el buen comportamiento de los estudios sobre el barroco brasileño, yo pudiera investigar el lado farsante, satírico y pornográfico del primer poeta que creó en versos la crónica de la corrupción y del descalabro en la formación de Brasil: Gregorio de Matos. Éramos jóvenes, la universidad, una niña; osábamos. Y nos preguntábamos siempre: ¿qué va a ser cuando crezca?

Cuando recibí la invitación para visitar mi universidad de origen, en este aniversario tan significativo, una caricia y la honra que agradezco a los coordinadores del Seminario y a los demás colegas, de inmediato me autoricé la fantasía feliz de estar volviendo a una de aquellas reuniones antiguas y elegía un tema cuya reflexión considerase importante para los alumnos de hoy.

Mi elección recayó sobre un asunto de carácter interdisciplinario: pensar la literatura a partir de la posición que ella pasó a ocupar en la sociedad mediática y de consumo, y pensar, también, la integración de prácticas discursivas distintas en las obras literarias del nuevo milenio. Creo que, sin la conciencia de la actual pérdida del capital simbólico de la literatura frente a los otros medios, y sin el reconocimiento de los artificios a los que la industria cultural recurre para destacar una obra, y no otra; un escritor, y no otro; nuestra percepción de lectores y de estudiosos puede quedar bastante comprometida.

Fue por esa razón que, para hablar de la potencialidad de la literatura en *El profesor y la literatura*, mi libro teórico más reciente, recorrí a la obra ficcional del escritor contemporáneo Lloyd Jones. *El señor Pip* es una narrativa ambientada en la isla de Papúa, a la que la guerra civil, en 1990, había impuesto un riguroso bloqueo y,

con él, la supresión general de recursos. A los isleños les restó apenas un libro y es a partir de los sentidos que ese libro deflagra lo que pasan a vivir.

Como no estamos bajo el bloqueo de guerra, para nosotros, la literatura existe entre todos los otros medios y no goza de supremacía. Hoy, la profusión de símbolos proviene de los medios electrónicos y nosotros, los que le rendimos culto, formamos parte, como dice Juan Ramón Jiménez, de la inmensa minoría. Una minoría peculiar, que subvierte la velocidad y la simultaneidad de los otros medios y, renunciando a la superficialidad del zapping, para, y calma y aisladamente, lee un libro. Una minoría que se permite usufructuar, en la desaceleración del tiempo, una especial aventura subjetiva, provocada por los múltiples efectos de sentido de una ficción o de un poema.

Esa aventura, sin embargo, es precedida de una elección: la del libro que se va a leer. Tal elección, creo que es importante que lo reconozcamos, es mucho menos libre de lo que nos gustaría pensar. Y no estoy hablando de las lecturas obligatorias por compromisos universitarios, no. La lectura electiva de nuestras horas libres sufre también intermediaciones, desde el momento en que entramos en una librería de las grandes redes y los libros que vemos expuestos en la isla son aquellos negociados entre la editora y la librería, para que ocupen aquel lugar privilegiado en el que están y reciben nuestra mirada prioritariamente. Las interferencias parte de ahí y se extienden hasta la acción que ejerce sobre nosotros el cambio por el que pasó el papel del escritor.

El escritor de nuestros días se transformó en *commodity* en la bolsa de valores literarios. Es él la materia prima expuesta en entrevistas en la televisión, en el periódico, en la red. Algunos están incansablemente presentes en toda especie de eventos literarios, cumpliendo agenda de enero a diciembre, del extremo norte al extremo sur. Los escritores, hoy, hablan mucho y existen aquellos que atraen más oyentes que lectores. Esa es otra paradoja de la inserción de la literatura en la industria del entretenimiento.

Hay autores de aulas – show, que hacen que el público se ría mucho. Hay autores que se fantasean en encuentros literarios. Otros, que hacen *performances* en las mesas, asumiendo voz teatral, impostada, de fuerte apelo dramático. Vigora el teatro de las letras, precediendo, en algunos casos, y sustituyendo, en la mayoría de ellos, la lectura de las letras.

Sin dudas, el escritor ocupa hoy otro lugar. Asumió un nuevo papel, para ganar espacio y generar noticia. Espacio no necesariamente para su obra, aunque siempre

ayude un poco. En buena parte de los casos, es el escritor, y no el libro, que se transforma en mercancía, como bien sabe quien acompaña la agenda de la vida literaria del país.

Analizando la figura del escritor hoy, Beatriz Sarlo (1997) destaca esa “reconfiguración mediática” de la cultura como siendo su trazo más distintivo. La verdad es que la literatura salió de la torre y fue para el mercado, huyendo del temor a morir completamente olvidada. Y, en el mercado, hay negocios, escenificaciones, espectáculo. La literatura, entonces, se presenta por la vida de la industria del entretenimiento. Como subraya la intelectual Argentina, y también el escritor brasileño Silviano Santiago, el escritor del nuevo milenio existe menos por lo que escribe y más por lo que él dice en otros medios. Para resistir, el arte literario necesita ser anunciada en lo que Sarlo llama abundancia obscena de los medios de comunicación.

Esta estrategia puede desagradar a algunos, pero, tenemos que reconocerlo, es, sin duda, una forma –tal vez sea la única- de resistencia. Sin embargo, y ese es el punto que particularmente me interesa destacar, esas formas de publicidad confunden nociones de valor. Los escritores necesitan publicar mucho, porque si no lanzan un libro cada año pierden lo que los periodistas llaman “valor-noticia”. Se apagan. Los que hacen el pacto con los medios de comunicación, incorporados, publican un libro atrás del otro, siguiendo una lógica publicitaria que genera reseñas, entrevistas, reportajes. Por lo tanto, estamos viviendo el opuesto perfecto a lo que postulaba William Faulkner: “El artista no tiene importancia. Solamente es importante lo que él crea”.

Frente a esta circunstancia, ¿cómo debe pautarse un curso de Letras? La universidad es una de las instancias de reconocimiento, preservación y consagración de la literatura. Por lo tanto, a ella le cabe estar atenta a los fenómenos culturales contemporáneos, participar de ellos y, al mismo tiempo, constituirse en lugar de resistencia, por la vía de la reflexión, a la abundancia indiscriminada de los otros medios. No se espera de la Universidad que repercuta, de manera irreflexiva, las modas y bogas del momento, sino que consiga identificar lo que, de hecho, merece atención y lo que es mero apelo publicitario. Se espera que los estudios académicos analicen y evalúen las obras contemporáneas a partir de una interpretación esmerada de la sociedad actual, de la sociedad actual, con todos los desafíos de entendimiento que presentan sus cambios y complejidades. Pero que la universidad también sepa dividir su atención

entre lo contemporáneo, que permite la sintonía y el entendimiento del momento que vivimos, y lo clásico. Este, por serlo, atravesó los tiempos representando el espanto existencial común a todos los hombres.

En las producciones literarias del nuevo milenio es estimulante observar la convivencia de diferentes prácticas discursivas. La fusión de la literatura con otras modalidades de discurso, como el periodismo, viene del siglo XIX y ya provocaba críticas en 1962. En *Carné dorado*, de Doris Lessing, la voz narrativa reclamaba de esa fusión, diciendo que la novela se había convertido en una forma avanzada de periodismo. Cito: “Leemos novelas que nos informan sobre aspectos de la vida que no conocemos (...) De 500 o de 1000 novelas, una sola posee la calidad que una novela tiene para serlo auténticamente: la calidad filosófica. Leo la mayoría de las novelas con el mismo tipo de curiosidad con el que leo un libro de reportajes”. (LESSING, 2007, pág. 92)

Cuatro (04) años después de la publicación de la famosa novela de Lessing, en el año 1966, sería publicado el gran marco de fusión entre la literatura y el periodismo: *A sangre frío*, de Truman Capote. En Brasil, en la década de los 70, la literatura llamó para sí la responsabilidad de asumir la función compensatoria: registrar lo que el periódico no podía publicar y la historia oficial ocultaba. En la buena literatura del nuevo milenio, sin embargo, parece ser que el ensayismo es el que se funde más frecuentemente con la literatura. Principalmente, aquella literatura que se recusa a apenas repercutir a los medios de comunicación. En esa medida, constituye un caso paradigmático la obra del alemán W. G. Sebald. Su novela *Austerlitz* (2008) es celebrado como una de las obras más significativas del inicio del siglo. Sebald funde ficción, memoriales y ensayo en una obra que involucra al lector por la narración seductora, más que por la acción.

Austerlitz llegó a Brasil celebrada como la mejor obra de una de las voces más peculiares de la literatura contemporánea. Definitivamente *cult*, la obra del escritor alemán, nacido en 1944, es una fábula sobre el tiempo y la memoria. La narración evoluciona en ritmo que encanta, con diálogos continuos, sin comillas o guiones. Los parlamentos del narrador, del protagonista y de otros personajes se entrelazan como en el flujo de la narrativa oral.

Parece que el remoto narrador clásico, del que hablaba Walter Benjamim, aquel narrador que tenía la sabiduría de la experiencia y exponía el lado épico de la verdad, de

alguna manera se insinúa en este relato, para dar muestras de un modo de narrar que no es usual. Sebald es un eximio contador de historias, con plena conciencia de la seducción que ellas pueden ejercer sobre nosotros.

En esta historia sobre la conciencia –o la falta de ella- la fuerza viene de la descripción, aunque se trate de una conversación entre el narrador y el personaje Austerlitz, que se desarrolla a lo largo de años, en encuentros marcados y en otros ocurridos por coincidencia. Los asuntos involucran a personajes diversos y abren varios segmentos a partir del relato esencial. Lo que pueden parecer digresiones sobre el comportamiento de las palomas y la inmovilidad de las mariposas que se pierden por el camino- son, de hecho, piezas del rompecabezas para reconstituir a un sujeto. La historia de la arquitectura, y lo que ella revela sobre épocas y políticas, gana un fuerte énfasis en esa larga conversación. No es en vano. Los lugares son utilizados por el protagonista como marcadores de memoria, importantes para la formación de un espacio de identidad que haga posible alguna pertenencia y la recomposición de la historia personal.

El libro es puntuado por fotografías, tarjetas, diseños, mapas, boletos que van surgiendo en las páginas sin explicaciones o leyendas. Más sugerentes que documentales, esas intromisiones dan una idea de la colecta de objetos variados que forma parte del trabajo del protagonista en la recuperación de sí mismo. Las fotografías están afuera de foco y en precarias condiciones de reproducción. Imprecisas, oscuras, con contrastes mal solucionados, ellas son sombras que acompañan el empeño por recuperar el pasado. Al manejar la cámara, Austerlitz acostumbraba hacer investigaciones sobre el tiempo.

Menciono esa obra por su carácter emblemático de ficción literaria que se reconoce como algo específico y no duplica ni apela a los medios de comunicación. Si las narrativas electrónicas privilegian la acción acelerada, en las novelas de Sebald la supremacía es de la descripción de lo que, de otro modo, pasaría desapercibido: detalles del fondo de la escena. Si la sociedad mediática rinde culto la alta calidad de la imagen, las fotografías desparramadas por la novela son de muy mala calidad y le provocan al lector atribuirles algún sentido a esa imprecisión.

La literatura de es representativa de aquello que la literatura ofrece y no puede ser encontrado en otros medios: el culto al lenguaje verbal, la rito de contar una historia en la cadencia de las palabras que se suceden, el encadenamiento por la palabra en la

red de signos lanzada sobre el vacío, sobre nuestro desamparo y nuestra humanidad perpleja. Es la palabra, y solamente ella, que actúa como un vínculo, un contacto, semejante a este que realizo aquí con ustedes, frente a rostros nuevos y otros en cuyos trazos me reencuentro a mí misma, a la que fui y a la que soy.

¡Muchas gracias!

Referencias

LESSING, Doris. *El cuaderno dorado*. Buenos Aires: Punto de Lectura, 2007, p.92.

SARLO, Beatriz. *Paisagens imaginárias*. San Pablo: EDUSP, 1997.

SEBALD, W. G. *Austerlitz*. San Pablo: Companhia das Letras, 2008. (Trad. José Marcos Macedo)